



(Toledo.—Vista de la plaza de Zorodover desde los arcos de la cuesta del Alcázar.)

EL MARTES.

Murmuración histórica que nada debe á la historia.

El pobre mortal que despues de haber leído al reverendo P. Mariana y la crónica del rey D. Pedro, consigue penetrar en la imperial ciudad de Toledo por la puerta de *Vizagra*, á costa de sus asendereados huesos, no puede menos de experimentar un sentimiento de amarga estrañeza y de profunda admiración, si compara los grandes sucesos de que fueron testigos aquellos hoy mal llamados murallones, con la mezquina perspectiva que ofrece la encrespada, tortuosa é interminable cuesta, mas que calle, que conduce al *Miradero*. El mortal susodicho ha tenido ya, por supuesto, en el magnífico panorama del camino de Madrid, no pocos motivos de encomendarle á Dios ó al diablo; según las inspiraciones de su conciencia; pero demos de barato que la diligencia-pereza en que se encuentra embutido haya salvado la distancia de doce ó entorce leguas (cosa no averiguada hasta ahora), que media entre la moderna y la antigua corte de Castilla, á razon de hora por 3,000 varas; que nuestro hombre se haya librado por milagro de los bediondes baches, de los empinados ribazos y de los demas obstáculos de toda especie que presenta aquel vasto archipiélago, desde el principio de la *legua negra* hasta la venta de Malabrigo de Cedillo; que en esta venta haya saboreado el almuerzo de unas bárbaras sopas de ajo con huevos, ferojadas con cierto exquisito vinagrillo propio para eslmir el mas rabioso dolor de muelas; que haya vuelto á trotar segunda vez por brñas y barrancos, dándose de rabezadas contra los tableros del fermentido coche; y que, por último, al cabo de doce ó catorce horas de jaleo y de batacazos, de juramentos y de hambre, costee el *paseo de Madrid*; atraviése la puerta que los partidarios del conde de Trastámara y los plateros revolucionarios defendieron con tanto brío, lo cual no impidió que fuesen todos debidamente ahorcados, y que al fin contemple á sus pies la antigua *Judería*; convertida hoy en un laberinto de batanes, de fábricas de ladrillo y de molinos harineros.

El *Miradero* es el punto de observación de todas estas bellezas contemporáneas; pero ¿quién se detiene en él cinco minutos durante el invierno, sin sentirse holido por la riquísima alfombra de escarcha que tapiza su suelo? ¿Quién, durante el verano, no teme verse envuelto en densas y nada limpias nubes de polvo, cuyos impetuosos remolbos pueden precipitar al mas avisado hasta el camino del puente de *Alcántara*, si tal nombre merece el desigual y pérido repecho

que desde él arranca? Queda, pues, demostrada que desde el *Miradero* nada se puede mirar en verano ni en invierno, y que por lo mismo conviene dejarlo á la espalda para internarse en la ciudad, lo cual se consigue fácilmente atravesando una ética calle y, por supuesto, otra cuesta, porque sabido es que en Toledo y en sus alrededores no se dan cincuenta pasos sin tropezar con tan indispensable sudorífico.

Mi buena ó fatal estrella me condujo á la capital de los *Cigarrales* en un dia crudo del invierno de 1848, enpatrado en un vehiculo cuyos luceantes valvones se asemejaban á los rudos sacudimientos de un quecheamrin de Mundaca cuando á despecho del viento se empeña en doblar el cabo *Machichaco*. No era yo el único pasajero que, á guisa de diablo zambullido en agua bendita, me agitaba en aquel purgatorio estacional; un loco me acompañaba. Si mis lectores creen que se dirigia voluntariamente al *Nuncio*, se equivocan grandemente. Su razon funcionaba, veia claro con los ojos del entendimiento; pero no veía como los demas, porque era justo apreciador de las debilidades humanas.... Esto constituía su demencia. Los seclarios del vicio le llamaban maldiciente; para mí solo era un pobre hombre empeñado en moralizar el mundo.

Dicen que en Toledo hay mucho que ver; le pregunté.—Segun y conforme, respondióme sonriéndose. ¿Es V. pintor?—No.—Lo siento, porque pudiera V. bosquejar las ruinas de uno que fide soberbio alcázar, el monumento de San Juan de los Reyes, del cual nadie se acuerda, porque vale algo, y la plaza de Zorodover, de la cual se acuerdan demasiado los que una vez la han visto, por lo mismo que nada vale.—Cansado estoy de admirar esas bellezas en las estatuas de Madrid.—Lo creo; y tambien habrá usted contemplado las del *artificio de Juanelo*.—En efecto. ¿Cuánto deseo ver esa obra admirable.—No haga V. tal, si se precia de buen español, amante de nuestras glorias, porque perderá el tiempo: esas maravillas del arte solo existen hoy litografiadas ó grabadas en moderna.—Pero sus restos venerables?... Supongo que se cuida de su conservación.—Sí.... sí.... El Tajo se ha encargado de no dejar ladrillo sobre ladrillo en el famoso *artificio*; la yerba crece en los solitarios patios de la célebre mansión que cobijó los amores de Alfonso VIII; al paso que la humedad imprime el sello helado de la muerte sobre las paredes de la traidora *sala de los secretos*. Pór lo que toca á San Juan de los Reyes... se conserva... mal me espdro: arrastra pesosamente su miserable vida; entregado á sus propias fuerzas, desafia al tiempo; y á los elementos con el escaso poder que le han dejado sus largas vicisitudes: ese poder se gasta mas y mas; al fin sucumbirá, dejándonos alguna señal de su asiento, parecida á la del castillo de *San Cervantes*. Nadie recuerda ya la importancia del magnífico *monasterio*; solo se sabe que hoy encierra

ra una biblioteca, inútil para el público. El forastero que ámb de la Vega por la puerta del *Cambion*, se detiene ante aquel coloso, admira su atrevida arquitectura, se inmota al aspecto de aquel enjambre de monarcas batalladores que desfilan en su fachada y prosigue su camino suspirando y diciendo: ¡Pobre nación!... ¡Los hombres lo mismo que las cosas! — Me voy arrepiñando de haber émprendido este viaje, porque soy escritor y... — ¿De costumbres? me interrumpió el compañero de expedición. — Confieso que no me pesaría retratar algunas de esta población tan importante y tan grande en otro tiempo. — Eso es otra cosa; el pintor histórico nada tiene que buscar aquí, porque todo ha concluido ó está á punto de concluir para Toledo; pero el caricaturista moral, *L' Hermite* moderno no perderá el tiempo. — En este caso... — ¡Oh! No hay duda; la tarea sería agradable. Figúrese V. que lo único que nos queda ya de la inmortal Toledo es el *Zocover* y la catedral; de esta no hablémos; respecto al *Zocover*, sepa usted que es famoso por el *Martes*. — Por Dios que no entiendo lo que usted quiere decir. — Hombré, ya hemos llegado á la fonda, y no tengo tiempo para... ¡Eh! Salgamos de aquí cuanto antes; yo vivo en la *Tripería*, número... — Una sola palabra. Ese *Zocover* ¿es la plaza que antes ha citado V. conocida en la historia con el nombre de *Zocodover*? — La misma ¡Vaya! No tardará V. en aprender en Toledo nombres nuevos de cosas muy viejas. — ¿Y el *Martes*? — ¡Ah! El *martes*! Eso ya es diferente. El *Martes*, señor mío, es... el *Martes*.

No volví á pensar en este diálogo, y me dediqué á perder el tiempo, según el loco, visitando los recuerdos históricos de la ciudad imperial, hasta que la casualidad me depaó un amigo, que en nada se parece á los infinitos con que tropezamos á cada paso. Me explicaré con toda la brevedad posible.

La experiencia es un gran libro mayor de la gran compañía de comercio intitulada *El Universo*, en él estan sentadas todas nuestras cuentas corrientes: las partidas señalan los beneficios y pérdidas que vamos experimentando en esta miserable vida... he aquí el *DEBE* y el *HABER*; el primero, el cargo sube para todos en una proporción verdaderamente *espartosa*.

En el tal libro hay una cuenta singular, en la que el cargo y la falta se confunden por un momento; los filósofos prácticos llaman á esta cuenta el *BALANCE DE LA AMISTAD*, porque en ella se encuentra lo mucho que nuestros amigos nos cuestan y lo poco que nos valen, ó mejor expresado, el activo y pasivo de los mencionados amigos respecto á nosotros; en una palabra, lo que nos dan y lo que nos quitan. El resultado del *BALANCE* siempre es tristísimo.

El amigo que pide será, si se quiere, el mas perjudicial de todos, pero al fin no es el más cócra. Ademas nos consuela con sus previsiones y consejos, y podemos por último contar entre los grandes servicios que nos presta:

- 1.º Las guerridas que nos quita.
- 2.º Las que nos proporciona.
- 3.º Los usucios á quienes nos recomienda.
- 4.º Algunas lecciones de egoísmo.
- 5.º Una docena de vicios peores que el anterior.
- 6.º Otros tantos desaliños con maridos buldotes.

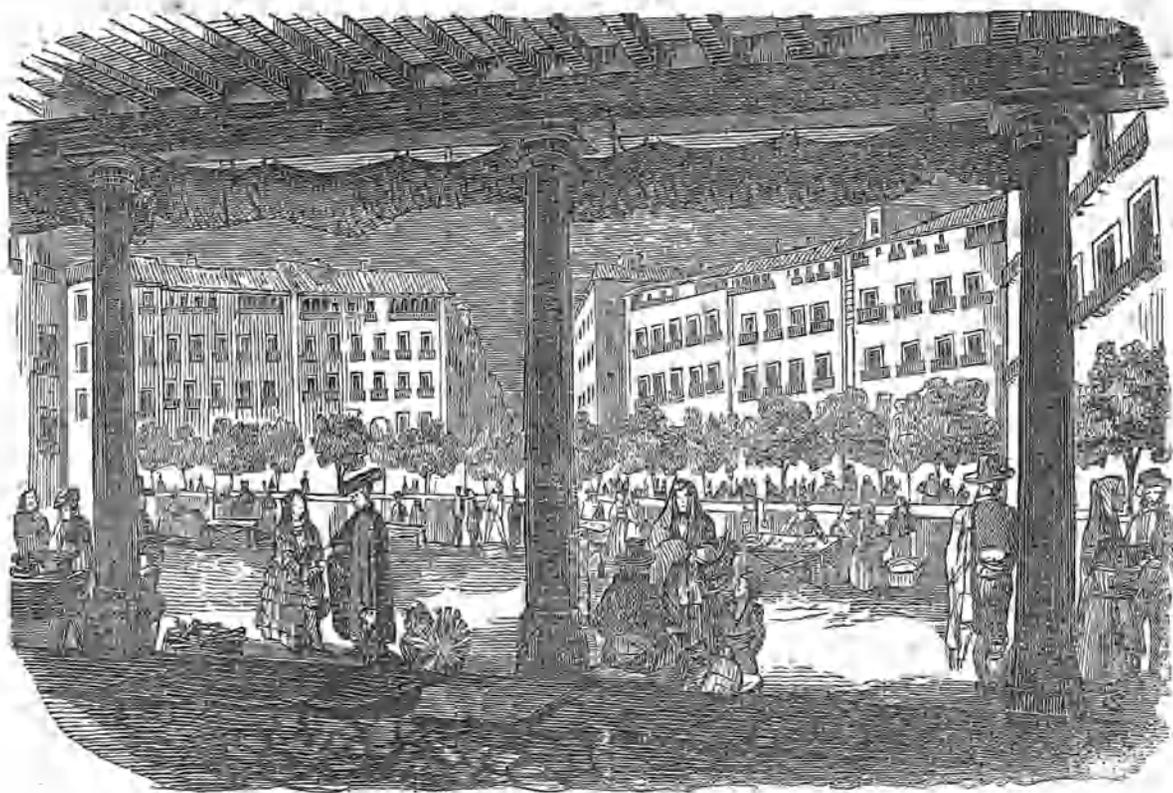
Nada de esto me proporcionó el amigo de Toledo; nunca me pidió un *Napoleon* prestado; luego, era el feix de los amigos. Ken, mas me llevó al *Martes*, y por consiguiente no tuve más que pedale.

No hay pueblo en España de mediana importancia que deje de tener en la semana un día señalado para comprar y vender en grande, ó llámese por mayor: en él se celebra lo que todos entienden por un *Mercado*, de modo que está se tiene los jueves en unos puntos, en otras los sábados, etc. En Toledo es donde no hay *Mercado* ni grande ni chico, pero lo suple el *Martes*. ¿Y qué es el *Martes*? me preguntará molino algun fastidioso lector. En verdad que no deja de ser áporada la interrogación y no sé como componerme para no contestar lo que me contestó el loco, cuando me dijo: Señor mío, el *Martes* es... el *Martes*. En efecto, semejante contestación encierra una gran verdad; como quedará demostrado muy pronto, y sin embargo estoy infinitamente persuadido de que no puede convencer á nadie. Es como si digésemos: la luz es... la luz; lo cual nada nos esplica de un fenómeno que no podemos negar. Al que así raciona, le rogaré que haga un viaje á Toledo, que procure llegar á esta ciudad un lunes por la noche, que no encuentre un amigo que le insinuya, sino locos que le repitan, el *Martes* es... el *Martes*; y que al día siguiente de su arribo salga á dar una vuelta por las calles y pregunte á cualquiera por anejo ¿á dónde vá? De seguro le responderá el interpelado: voy al *Martes*. — Pero hombre, replicará el recién llegado, si está V. en él... Si ayer fué Lunes... El otro se le retirará en sus barbas y no dejará por eso de dirigirse al *Martes*.

Previamente era *martes* el día en que encontré al amigo de quien he hablado. ¿Cuánto celebró el verie por aquí, exclamó despues de abrazarme estrechamente; supóngo que me dedicará algunos ratos, aunque haya venido á negocios. — He venido á ver todo lo notable de

Toledo, le diga, y por lo tanto estás dispuesto á que te embargue para *Cicerón*. — Con el mayor placer, y desde ahora mismo me consagro á tu servicio. Ea ¿por dónde te parece que empecemos? — Por donde quieras; me entrego á ti sin la menor reserva. — ¿Si? Pues echémos á andar hacia el *Martes*. Al oír estas palabras miré con sorpresa á mi amigo; él notó mi estrañeza en la expresion de mis ojos, y prosiguió así: — Conozco que debe ser para ti una cosa muy vulgar, muy prosaica, como decís en Madrid; pero ¿qué quieres? Te llevo al *Martes*, porque á estas horas todo el mundo está en él. — Ya lo creo, repuse yo si es no es amostazado, pues creí que mi amigo quería embromarme; supóngo que tambien nosotros nos hallamos en él. — No; aun no hemos llegado; pero nos falta poca. Mira, esta es la plaza de la catedral; ese el palacio del arzobispo; seguiremos por esa calle de la derecha, entraremos en la *Ancha*, y al fin de ella, en las inmediaciones del que aqui llamamos el *Zocover*... — Ya... — Pues bien; allí encontraremos el *Martes*. — ¿Estás loco? — ¿Por qué? — Pues no me aseguras que encontremos el *Martes*?... — De fijo. — Te confieso que no entiendo una sola palabra de lo que ensartas. — Eso consistió en que te fijes en una idea, sin que haya despues fuerzas humanas que te la arranquen del imagin. Y si no, vamos á cuentas. ¿Qué significa para ti esta *Voz*, *Martes*? — Lo que para todo el mundo; un día de la semana, el segundo, el que sigue á lunes, el que precede al miércoles, uno de los seis en que trabajó el Omnipotente para la construcción completa del Universo. — Ahí está precisamente tu error, querido; te equivocas de medio á medio. — ¿Cómo? ¿Sería capaz de negar?... — Cuando te afirmo que toda estraña que te afortas demasiado á una sola idea. Ven acá, bendito de Dios ¿he puesto yo en duda por ventura la explicacion de tu *Martes*? ¿Me opongo á que sea lo que tú has dicho, con sus puntas de día aciago por añadidura, según aquel dicho, *en martes, si te cases ni te embarques*? Hasta aqui estamos conformes, ¿eh? corriente. Dime tu ahora ¿no puede espresaz tambien la palabra *Martes* alguna cosa que acontezca en el día de la semana así llamado, y no en otro alguno? — Bien ¿y qué acontece hoy en Toledo de particular, que no pueda suceder otro día cualquiera, y que merezca por prestigio ese nombre? — Recuerda que yo no he hablado de semejante precisión: el *Martes* de Toledo pudiera ser designado de mil modos diferentes, en lo cual creo que nada perderíamos, al menos tanta á claridad y precision del idioma, pero nadie es capaz de remediar ese vicio heredado de las pesadas generaciones: yo he encontrado el *Martes* en Toledo, y en él pienso dejarlo; por lo demas, sera trabajo perdido empeñarse en bautizarlo de otro modo, porque á pesar de todas las Academias de la lengua habidas y por haber, siempre saldremos al fin de fiesta con que el *Martes* es... el *Martes*. — Pero, demonio, explícame siquiera ese *Martes* condenado que Dios enfunda. — Ya estamos en él. ¿Ves esa multitud de aldeanos confundidos entre caballeros de diversas especies y castas? Son cuando menos graves ciudadanos electores de Argos, de Harquillos, de Casas Buenas, de Cobian, de Guardamón, de Layos, de Magan, de Macejon, de Nambroca, de Ollas, de Polan y de Vargas; en una palabra, de todo el partido judicial de Toledo, si hemos de dar crédito á la subdivision del real decreto de 21 de Abril de 1854. — Bien ¿y qué tenemos? — Que todos vienen al *Martes* para vender sus verduras, sus granos, sus artefactos de toda clase... — ¡Ah! — ¿Ves ahora á todas esas señoras y caballeros, militares y empleados, tenderas y mercaderes con el correspondiente acompañamiento de criadas y asistentes? Tambien se dirigen al *Martes*, porque en el *Martes* se compra todo mucho mas barato que en las tiendas. — Gracias á Dios que voy comprendiendo. — Ya era tiempo. ¿Con que aqui no su puede decir, por ejemplo... — No hay ejemplos que valgan, evando hacen falta garbanzos en una casa, ya sabe el ama que debe ir al *Martes* á ajustarlos; si una niña no puede hablar con su amante en el paseo, ni en el teatro, tiene la seguridad de que yendo al *Martes* con su mamá podrá al menos flechar una mirada al objeto de sus ansias. Ya se sabe; los funcionarios públicos dan siempre una vuelta por el *Martes* antes de encorrarse en sus oficinas; la policia tampoco abandona el *Martes*, porque en el *Martes* siempre se pesa; el *Martes*, en fin, es el gran asambleamiento de Toledo, el punto de reunion de los desocupados, la cita general para contratos y transacciones, la bolsa mercantil aplicada al despacho de artículos de diario consumo... ¿Qué mas te diré?... En otras partes se llama al *Martes* un mercado semanal; pero en Toledo, amigo mío, el *Martes* siempre ha sido, es, y será... el *Martes*.

Toma razon el loco, pensó yo interiormente; hé aqui un nombre nuevo y original, aplicado á una cosa harto común y vieja.



(Toledo.—Vista de la plaza de Zorodover desde los portales en día de mercado.)

Amores telegráficos.

LA VECINITA DE ENFRENTÉ.

Entre todos los estudios á que yo me he dedicado en el transcurso de mi vida, no hay uno á que con tanto gusto me haya entregado como al estudio de la mujer.

No me jacta de conocerla; por el contrario: estoy plenamente convencido de que si Dios se dignase concederme una existencia tan larga como la de Metrosala, y una noticia tan grande como la de Meleu, me liria al sepulcro sin haber conocido á esa criatura débil y traidora que lleva generalmente escrita la inocencia en el semblante.

La mujer es un enigma, cuya solución es punto menos que imposible.

Me acuerdo, que cuando me trasladé á la habitación en que ahora escribo estas líneas, estábamos á mediados de diciembre del año 1849. Al verme en mi nueva casa, hice lo que siempre he hecho en todas: esto es, abrir el balcón, y como vulgarmente se dice, dar un vistazo para reconocer la calle, las casas que la adornan, y sobre todo, para ver si en los balcones inmediatos hay alguna linda muchacha con quien entretener la vista.

En el día á que me refiero, no tenía esperanzas de ver á ninguna, porque estaba lloviendo, y hacía además un aire capaz de helar al hombre mas robusto. Sin embargo, obedeciendo á mi antigua costumbre, abrí mi balcón, y tendí mi vista por la calle, y despues por todos los balcones de la vecindad.

En uno de los cuatro correspondientes á un cuarto segundo de una casa de aspecto antiguo, situada en la acera de enfrente, como quince cuarenta pasos mas arriba de la que yo habito, vi á una jóven como de unos diez y siete años, que puesta en el dintel del balcón arrobábase con impavidez la crudeza del temporal.

Aunque no podia divisar su semblante mas que á través de la lluvia, mi instinto, y esa especie de adivinación que dá una larga esperiencia, me pronosticaron que deba de ser bastante lindo, aunque á la sazón estaba algo amoretado por el viento. Estaba en perfilotes con vestido morado, y un casahér del mismo color, debajo del que se destacaba su delicado talle. Qué niña tan fogosa, me decía yo sin dejar de observarla; se necesita decisión para arrostrar con esa imperturbabilidad el aire y la lluvia: por fuerza debe de ser muy propensa al amor... Iba á proseguir en mis reflexiones filosófico-observadoras, cuando una ráfaga de aire azotán-

do hacia mi la lluvia, me obligó á cerrar las vidrieras, mientras que la niña se quedaba desafiando á los elementos.

Á la mañana siguiente, apenas me levanté, fui al balcón, y dirigí la vista casi instintivamente á los de mi vecinita, la que me habia cogido la delantera. Indudablemente está enamorada, esclamé yo siguiendo el hilo de mis reflexiones del día anterior. Una niña tan balconera no puede menos de tener amante.—Y qué tirabuzones tiene tan bien hechos, y qué cara tan linda, y qué pecho tan bien formado! ¡Parece que está apociepala! No cesa de entrar y de salir, y tan pronto la veo en un balcón como en otro. Unas veces se baja hasta tocar con sus tirabuzones en la jaula del loro, otras veces ojea un libro que no lee, y otras veces atarica á su perrito: todo esto con una viveza asombrosa. Se sonrie.... yo procuro seguir la línea de su mirada y... ¿qué es lo que veo? á un amigo mio, escritor dramático, mas enamorado que un cupido y que se entretiene en hacer telégrafos con mi vecina. Ella que sabe que yo la observo, me mira... él hace otro tanto, y enviéndome un saludo amistoso, se dirige hácia mi casa; vuelve á saludarme, yo le invito á que suba, y él, que no desea otra cosa, acepta al momento, y éleanos á los dos en el balcón, él haciendo telégrafos, y yo haciendo reflexiones.

Para disimular sin duda, me dirige mi amigo de vez en cuando algunas preguntas, á las que yo procuro contestar con las menos palabras posibles; de modo que nuestra conversacion se acaba al instante, y entonces mi amigo se vé obligado á renovarla por recurso.

—¿Sabes que me gusta mucho tu calle?

—Ya se conoce.

—Es muy alegre, y luego tiene unas vistas deliciosas, y aquí sus ojos se fijaban en mi vecina: despues viendo que yo seguia callando:

—¿Qué te haces ahora de bueno?

—Nada.

—¿Hace mucho tiempo que vives aquí?

—Un día.

—Ese tiempo hace que yo estoy enamorado.

—¡Ola! ¿Con que tñ estás enamorado?

—¡Pero de qué modo! Y aquí lanzó otra mirada á la inquiete niña.

—De mi vecinita segun veo.

—¿Qué linda es! ¿verdad?

—Seguramente.

—¿Qué ojos tiene!

—Si, parecen buenos.

— ¡Y qué vira es!
 — ¡Demasiado! No hace mas que pasarse de un balcón á otro.
 — Mejor. Eso prueba que me ama.
 — ¡Y qué tiene que ver, le contesté yo riéndome de su respuesta, esa continua mudanza de balcones con el amor?
 — Pues no ha de tener? ¿No la ves? Parece un pájaro que quiere romper los hierros de su jaula para volar hacia mí. ¡Oh! qué buena idea me ocurre! Voy á improvisarla versos; escucha:

Como vuela el verdoron
 de una rama en otra rama
 así saltando mi dama
 va de balcón en balcón.

— ¿Qué te parece esta redondilla?
 — ¡Soberbia! Solamente que el verdoron, es un pájaro muy pro-saico, para compararle con esa niña.
 — ¡ Hombre, no! Pues si precisamente el verdoron es un pájaro muy bonito! Si hubiera dicho el gorvion, podías quejarte. Aquí llegábamos de nuestro diálogo, cuando vino á interrumpirnos el sonido de una corneta.

Era un piquete que está de guardia.
 Al pasar por debajo de los balcones de la que estaba siendo objeto de nuestra conversación, noté que el oficial del piquete la saludó de ese modo que tan solamente lo hacen los amantes, y vi que la niña olvidándose de mi amigo, le devolvió el saludo con tanta gracia y coquetaría, que este, truncando el antecorreo, no pudo menos de decirme:

— ¿Has visto eso?
 Yo me hice el desentendido; pero observé que la vecina seguía con la vista al oficial, hasta que este volvió la esquina, á cuyo tiempo agitó la amable jóven su blanco pañuelo. Mi amigo, que lo había notado también, estaba inquieto y descolorido. Todo su buen humor había desaparecido de repente; y cuando vió que su adorada, la que poco antes según su modo de ver parecía un pájaro que intentaba romper los hierros de su prisión para volar hacia él, se ocultaba tras de los cristales sin apenas acordarse de dirigirle una mirada, exclamó encoletizado:

¡Ah mujeres... mujeres! animales caprichosos y falsos...

¡Nació el hombre que en vosotras fia!

y después de haber recitado este verso con un énfasis trágico, fué á sentarse como abatido en una silla.

Yo traté de consolarle, diciéndole que de todas las observaciones que había hecho en las mujeres, había sacado siempre consecuencias, falsas para los hombres, y que por lo tanto no debía uno hacer caso de ellas.

— ¡Pero son tan bonitas! exclamó mi amigo dando un suspiro.

— ¡Pero son tan falsas! le contesté yo.

Entonces él levantándose y tomando su sombrero, me dijo apretando la mano. De todos modos, amigo mío, este terrible escarnimiento puede servirte de mucha utilidad. Ya sabes tú cuán necesario es á todo escritor dramático el conocimiento del corazón humano, y sobre todo el conocimiento del corazón de las mujeres.

Ese rasgo de inconstancia que acaba de contrastarme será fecundo en resultados. El corazón de la mujer se deja seducir por el brillo, amigo mío; ni mas ni menos que la mariposa se deja seducir por la luz. Esa mujer ha dado la preferencia á ese oficial, porque llevaba una espada, una charretera y botones relucientes... porque llevaba dalias de sí y obedientes á sus órdenes unos cuantos autómatas con fusiles; y delante un trompeta que con sus pulmones atronaba la calle; y todo esto la ha sacado de quicio hasta el punto de olvidarse de mí... de mí que llevo sombrero de cartón, gabán oscuro y pantalón negro... No lo dudes! El corazón de la mujer está por los objetos del relumbrón. Si ahora pasara un capitán de coraceros mandando su compañía, el oficial de infantería quedaría destronado; y todo, porque el sonido de las herraduras de los caballos, y el brillo de las corazas, y de los cascos, embriaga mas que el matron de hule, y la prosaica casaca del militar de infantería.

Ajíos querido, y si por la desgracia llegases algún día á estar enamorado, procura vestirme de oropel; y sin aguardar respuesta se fué satisfecho sin duda del trozo de elocuencia que me había regalado por despedida.

Aquel mismo día por la tarde, el oficial que había desbancado á mi amigo á son de corneta, se paseaba debajo de los balcones de su dama, luciendo una charretera en el hombro izquierdo, mientras que mi vecinita le contemplaba desde su balcón dando besitos en el uñico de su diminuto perro.

A los pocos días el oficial había desaparecido, y otro en su lugar rondaba la calle.

A los pocos días después, este otro, fué reemplazado por otro, otro.

Lo mas extraño es que esta niña, según he podido observar luego, sale poquitas veces de casa, y cuando lo hace va siempre acompañada de su familia; y sin embargo, metida constantemente en su habitación, sin otra libertad que la de salir á los balcones, en los que se puede decir que vive constantemente con su lorito; con sus libros, cuyas ojas pasa sin leer; con su perrito; con su continua inquietud; hace que, con tanta constancia de su amor, haya siempre un infeliz rondándola la calle.

Me gusta verla cuando se pone á coser: no dá nunca dos puntadas sin levantar los ojos: su linda cabeza no puede conservar un solo instante la misma posición. Todos sus movimientos están llenos de viveza y de gracia. Me parece que está dotado de un temperamento feliz, porque siempre que la miro la encuentro alegre. Se me figura que quiere mas á sus tirabrazones que á sus amantes: en todo el tiempo que la conozco, no la he visto llevar otro peinado; en esto es constante; será sin duda porque la sienten admirablemente, y las mujeres aman con delirio todo lo que que contribuye á embellecerlas.

Cuando veo á mi linda vecinita, tan vigilada por su familia y á pesar de eso trayendo á tantos amantes el retortero, no puedo menos de acordarme de aquella dama de las *Mil y una noches*, á la que un genio maligno tenia guardada en una gran caja de cristal cerrada con cuatro cerrojos de lino acero. Presentando esta dama, una sarta de sortijas á dos príncipes que habían conseguido sus favores mientras el genio dormía, les dijo: — ¿Sabéis ustedes lo que significan estas joyas? — No, respondieron ellos, pero en manos de usted está el comunicármelo. — Son, pues, continuó ella, las sortijas de todos los hombres á quien he hecho partícipes de mis favores. Hay noventa y ocho bien contadas, que conservo para acordarme de ellos; pido las de ustedes por la misma razon, y á fin de tener el centener completo.

He aquí, pues, continuó, que he tenido hasta el día cien amantes, á pesar de la vigilancia y precauciones de este feo genio que no me deja. Por mas que me encierra en esta casa de cristal, y me tiene oculta en el fondo del mar no por eso dejó de elegir sus cuidados. Ya ven ustedes, según esto, que cuando una mujer ha formado un proyecto, no hay mándalo ni amante capaz de estorbar su ejecución.

Esta es una verdad de que debe estar plenamente convencida mi alegre vecinita: ella, como la dama de las *Mil y una noches*, está encerrada, no en una caja de cristal con cuatro llaves, pero sí en un cuarto con cuatro balcones. Ella, como la dama de las *Mil y una noches*, está guardada constantemente, no por un feo genio, pero sí por una mamá. Y á pesar de todo, ella, como la dama de las *Mil y una noche*, tendrá una sarta de sortijas, pero si de billetes amorosos cada uno con su distinta firma. Solamente que el número de amantes de mi vecina pasará de ciento, mientras que la astuta dama de las *Mil y una noches*, llegó á juntar á duras penas ese número.

Aparte de estas *pequeñeces* esta joyera es aprensible. Está en la aurora de su vida, puesto que apenas tiene diez y ocho años. Pertenece á una buena familia; casi nunca sale de casa; y si alguna vez lo hace va muy bien acompañada. Es una niña encantosa que teniendo demasiada edad para jugar á las muñecas se entretiene en jugar á los muñecos.

Quién sabe si todavía tendrá virgen el corazón!!! verdad es que el pensamiento le debe tener inundado de amores, pero en un siglo tan material como este, el pensamiento es lo de menos.

JUAN DE LA ROSA GONZALEZ.

LA SIGEA, NOVELA ORIGINAL.

CAPITULO IV.

En defleccion.

Aun conservaba doña Maria los ojos húmedos del llanto que acababa de verter, cuando se presentó á la puerta del gabinete la poeta de Toledo. La infanta hizo un esfuerzo para sonreír, y la mandó aproximarse. La Sigea miró á S. A. con profunda atención, reflexionó rápidamente acerca de los hechos que hubieran podido ocurrirle. Y esperó á que hablara.

— ¿Adivinas, Luisa, la causa de mi aflicción? la preguntó doña Maria?

— Solo una pudiese haber, señora, que reduzca á tal estado el ánimo de V. A.

— ¿Cuál es?

— Una nueva boda.

— ¿Quién te ha dado la ciencia, exclamó la infanta tomando por la

mano á la escritora y sentándola á su lado, de adivinar lo que pasa en mi alma?

- Mi amor á V. A.
- ¿No sabías nada?
- No, señora.
- El obispo de Agdas ha venido á pedir mi mano para el heredero del trono de Castilla. ¿Qué idea tienes de D. Felipe?
- Es hijo de un héroe y de la Inquisición. Heredará los laureles de su padre para quemarlos en la hoguera de su madre.
- Es un príncipe piadoso.
- Tan piadoso que abrasará á los reinos con su piedad.
- Todos le aman.
- Y todos le temen.
- El emperador piensa abdicar en él.
- Triste será aquel día para los pueblos.
- ¿No te place verme reina de España?
- Señora, para serviros de rodillas; me es lo mismo que V. A. sea reina de España ó infanta de Portugal.
- ¿Pero cómo crees que sería más dichosa?
- No siendo ni infanta ni reina.
- ¿Te pesa de mi grandeza?
- Me pesa que no os haga feliz.
- ¿Feliz! yo no puedo ser nunca feliz.
- Porque tenéis un título de princesa, un corazón de mujer, un ingenio de poeta y un alma de santa; porque habéis querido reunir en un palacio las cosas más opuestas: una academia y un claustro.
- ¿Ay, amo tanto la gloria, y tanto tanto á la iglesia!...
- Por eso habéis encerrado á Apolo en una celda.
- ¿Yo quisiera que los poetas tuvieran otro Dios! ¿Yo quisiera que las musas no fueran paganas!
- V. A. se adelanta al siglo. No hay todavía poeta que se atreva á dejar su mitología, ni el mismo Luis de Camoens...
- ¿Luis de Camoens!
- Mañana parté á la India.
- Dejémoslo eso. Tenemos mucho que hablar; vé, observa si hay alguno en los corredores, y cierra bien la puerta.
- Obedeció Luisa y volvió á sentarse cerca de la infanta.
- Ya te he dicho, continuó esta en voz baja, que el obispo de Agdas ha venido á pedir mi mano.
- Sí, señora.
- El rey la ha otorgado, y tal vez mañana mismo tendré que partir para España. Esto al menos parece lo probable; pero Luisa, oigo yo en mi corazón una voz que me advierte la imposibilidad de que se realicen mis bodas.
- Creo lo mismo.
- ¿En qué se funda tu esperanza?
- ¿En qué se funda la vuestra?
- En una inspiración.
- La mía también.
- Quiero que me la expliques.
- Señora, es difícil de explicar. Pero hay seres predestinados á llevar en el cielo una aureola, y ya desde la cuna espanta su cabeza un misterioso resplandor. Aquellas santas mártires, aquellas immaculadas vírgenes que en el pueblo romano caminaban al suplicio, dicen los sabios escritores que eran desde niñas la codicia del Emperador. Halagos, amenazas, dádivas y castigos se empleaban para corromper su virtud; pero todo era inútil. Los mismos enemigos se convertían al soportarse á ellas. Los mismos verdugos temblaban. Hay una ciudad en España cerca de Portugal, donde Eulalia sufrió el martirio del fuego. La víspera de la ejecución, se emplearon horribles medios para quitarla su castidad y hacer que muriese impura. ¿Quién la salvó, señora? ¿Quién evitó que fuera de un hombre? El ángel que desposa á las vírgenes con Dios. Ese espíritu invisible cuyo escudo de fuego abraza al que se acerca á las que están bajo su custodia. ¡Ah, doña María! Esa luz que despiden vuestros ojos; esa inocencia que deslumbra en vuestra frente, esa belleza inmaterial que embelesa á los hombres sin enamorarlos, es el *celo* que habéis traído al mundo para que se os pueda decir: nunca seréis de un hombre.
- Ya, señora, qué aborrezco los abusos de la iglesia: yo que lamentó el fatal error que conduce á aquellas nacidas para madres de familia á encerrarse en un claustro; soy no obstante, justa para apreciar el principio de sabiduría que guió á los fundadores de los conventos. Hay, señora, una raza de mujeres fecundas de alma, estériles de cuerpo, cuya producción es un canto, una oración, una poesía, un perfume como el de aquellas flores que no dan semilla. No pidamos á estas mujeres amor para un esposo; porque solo darán un suspiro, una lágrima y un llanto. No las pidamos un hijo, porque son madres de todos los niños que han dado á luz las otras mujeres. No le pidamos posteridad de criaturas, sino posteridad de ideas, posteridad de virtudes. A esa raza señora pertenecéis vos. El temor que os ha espantado

siempre al cazaros á un hombre es el instinto de conservación que Dios ha dado á vuestra espiritualidad. Ser impalpable venido al mundo solo para adorar á Dios, y dar ejemplo de castidad sublime. Vos, doña María, debéis volver al cielo sin haber tocado á la tierra sino con la punta de vuestros pies. Dejad, señora, que los reyes se afanen por disponer de vuestra suerte: vos moriréis virgen y santa en un monasterio; y cuando el vulgo de varones descreídos quiera disculpar sus desórdenes calumniando nuestro sexo: «Monta, le dirá la historia; si habéis olvidado á las mujeres del pueblo antiguo, bien podéis recordar á las de nuestro pueblo: aquella es la tumba de una princesa santa: allí yace doña María.»

Cesó de hablar la Sigra, y aun conservaba la mano levantada en aptitud de señalar á una tumba.

Doña María estaba conmovida y absorta.

—Gracias, exclamó, gracias, amiga mía, me vuelves el valor y el entusiasmo con tus palabras ¡Oh, plúguese al cielo que allí en el sitio donde tú señalas se abriera para mí la tumba esta misma noche!

—Debilidad, señora, replicó la Sigra con energía, debilidad de mujer, indigna de la heroína á quien alabo; es la que os conduce á desear que se abra presto esa tumba. ¿Qué maravilla fuera subir al cielo con la bendita palma á los veinte años de edad, doña María?

¿Creeis que ya están sufridos todos los combates, todos los infortunios, todas las injusticias de los hombres? ¿Creeis que á los veinte



(Doña Luisa Sigra, escritora toledana.)

años estéis acrisolada porque os han desposado con media docena de príncipes á quienes no habéis conocido siquiera? ¿Porqué habéis presidido una academia de doctores? ¿Porqué habéis pensado en fundar una casa piadosa? ¡Dios mio! habéis colocado en su alma tanta ternura, tanta fuerza, tanta resignación, tanto saber para que muriese á los veinte años inutilizando esas preciosas dotes? No; no; os faltan señoría, las pasiones y las calumnias.

Es preciso que améis á un hombre; que este hombre no pueda ser vuestro; que loche vuestro espíritu con vuestro corazón; vuestros deseos con vuestro deber; que perdáis en la lucha vuestra salud y vuestra belleza: que tengáis largas horas de terribles insomnios, de lágrimas ardientes, de dolorosos gemidos, triunféis al fin de vos misma; y que despues de este sacrificio, cuando vayáis á cantar el himno de victoria, os columbien los hombres.

—¿Ay! exclamó doña María estremeciéndose. ¡Yo nunca tendré fuerzas para sufrir tanto!

—Sí, señora, las venéis hasta para el martirio.

—Luisa, te dije que necesitaba esta noche hablarle... ¿confiarte mis secretos...?

—Ya escuchó señora.

—¿Crees tú que á nadie amo?

—Creo que habéis empezado á amar á uno...

—¡Silencio!

—Ya calló...

—Díname al oído su nombre.
Aceróse la Sigea al oído de la infanta y pronunció un nombre que la hizo palidecer.
—¿Quién te lo ha dicho? exclamó sobresallada.
—Mi corazón, señora.
—Bien Luisa, toma la pluma y escribe.
«Al Sr. inquisidor general.»
—Ya está, señora.
«El enemigo había tomado la forma de una Venus de mármol para perder el alma de este católico. He mandado destruir las Venus y envié al tribunal.....»
—¿Señora, vais á denunciar al mismo á quien amais?
—Es un deber.
—Os enganáis, señora, vuestro deber no es el perder á un inocente....
—Luisa!....
—Y yo no escribiré esa delación.
—¿Te niegas á escribir en nombre de la infanta doña María de Portugal?
—Me niego á delatar á un español porque soy Española, y... porque lo amo.
—Basta, replicó doña María con dignidad. Yo misma escribiré la carta. Retírate.

(Continuará.)

CLOTILDE CORONADO.

ESTUDIOS SOCIALES.

DE LA CIVILIZACIÓN.

La civilización es el triunfo de la inteligencia sobre la naturaleza media ó sobre ideas menos adelantadas. Ella marcha mas rápida ó mas lentamente según que las circunstancias la favorecen ó la contrarían; invade los pueblos; penetra en los espíritus; cambia los hábitos, y enlazando á los hombres de diferentes y lejanos países por los vínculos del pensamiento ó del interés recíproco, extiende su cetro desde la una á la otra parte del mundo, y hace de la humanidad entera una sola familia.

Inmensas esperanzas deberíamos poner en su influjo bienhechor, si por desgracia no fuera su movimiento alternativo; si no tuviera como la luna sus crecientes y sus menguantes; si por nuestro mal no retrocediera sin cesar tanto como antes hubiera adelantado. Los hombres se afanan en ciertos períodos por conquistar la ciencia; descubren algunas verdades; entonan su himno de triunfo inspirado por el orgullo de su pequeñez, y cuando se creen como los gigantes de la mitología á punto de escalar el cielo, la oscuridad renace y se estienda de nuevo; las últimas indagaciones se pierden en ella; milices de años gravitan sobre las verdades descubiertas, y la especie humana condenada á parpadear la tela del Penélope, se agita en esa oscilación continua de adelanto y retroceso, volviendo después de todas sus incursiones al mismo punto de que partió. Cuando á través de largas épocas avanza á la naturaleza algún arcano, se ufana en su vanidad intencional; y por la regular no ha hecho otra cosa que desenlazar descubrimientos anteriores, perdidos y ocultos á las miradas de la generación que vive bajo los resacas de las generaciones que pasaron. Vasco de Gama dobla el Cabo de Buena Esperanza, y todos contemplan atónitos su talento, su osadía y su fortuna; sin embargo, en tiempo de Salomón se había hecho el mismo camino, y en otros tantos años después lo habían repetido los Fenicios con no menos propia suerte. Colón, guiado por el vuelo de las aves y por la vacilante luz que deslumbra sus destellos en las sombras de la noche, penetra en las remotas playas en que parece que el sol va á ocultarse cada día; y no obstante, los viajeros encuentran después en medio de los bosques impenetrables de la América Septentrional ruinas de monumentos levantados en ignorados tiempos por una inteligencia muy superior á la de los indígenas; lo cual nos da á conocer que otros hombres habían recorrido de muy antiguo aquellas comarcas, y habían dejado en ella vestigio que á los siglos se su presencia y su genio. Chateaubriand vére que á la orilla de Chanon y muchas pies bajo del agua, existen caracteres trazados en las paredes de un precipicio, de que resulta que antes corria el agua á aquel nivel, y que algunas naciones desconocidas escribieron aquellas letras misteriosas al pasar por el río. Este hecho testifica á la vez el trastorno de aquellos lugares y la destrucción de sus habitantes. Encuéntrase también sepulcros de particular construcción, y en ellos ídolos, esquelitos y huesos humanos. ¿Habrá existido la famosa Atlántida de Platon? No lo sabemos. ¿Estacia entonces

unida la América al Africa, y un exceso extraordinario las habrá separado como el filo de un sable corta la mano del cuerpo á que estas unidas? Tampoco lo sabemos. Tal es nuestra ciencia cuando queremos echar la sonda á los misterios de la naturaleza, y tales son los límites de nuestro orgullo cuando nos envanecemos de adelantos que moriran con nosotros ó poco después, para aparecer de nuevo cuando se hayan ya borrado todos los vestigios de su memoria. La civilización, pues, y el talento creador del hombre, tienen su flujo y reflujo como el Océano. En el primero avanzan sobre las ideas como las aguas sobre las rocas; mas en el segundo retroceden otro tanto cuanto antes se han salido de sus límites.

Pero si la civilización es altamente bienhechora, tiene también sus inconvenientes como los tienen todas las cosas. No hay duda que perfecciona y une á los pueblos; pero hasta cierto punto separa á los individuos, y dándoles hábitos de mas refinamiento y cultura, les hace perder las costumbres inocentes, aquellas costumbres patriarcales que estan en la cuna del género humano y que suponen una felicidad tranquila, parecida al dulce sosiego del niño que sonríe mientras duerme en su cuna de mimbres.

Los salvajes de esa parte occidental del mundo eran cálidos y afectuosamente hospitalarios. Apenas el extranjero que llegaba á la puerta de su cabaña empezaba la danza del suplicante, cuando sus huéspedes entonaban aquel canto: «vé aquí al enviado del grande Espíritu, y un niño salta á su encuentro, le introduce de la mano hasta el hogar, lo sentaba sobre la fraz ceniza, se bebía la copa de la hospitalidad, se fumaba la pipa por tres veces, y resonaba en boca de las mujeres aquella cancion consoladora que nunca sabría producir, las nuevas sociedades, «el extranjero ha encontrado una madre y una esposa: el sol saldrá y se pondrá para él como antes.» Dado entonces el hogar era un altar para el desgraciado, y su dueño se hubiera dejado matar antes de que se tocara á un cabello del hombre á quien había recibido. En cambio nuestra civilización ha endurecido las almas y metalizado los corazones. ¿Encuentra hoy el extranjero igual acogida á la puerta de los magníficos palacios de Londres, ni tal vez ante los ostentosos edificios de esas ciudades que se han levantado sobre las ruinas de aquellas chozas, asilo de hombres rudos, pero de costumbres tan lienas y benéficas? Las ceremonias salvajes usadas en el nacimiento de los hijos, las que tenían lugar al ir á recoger los frutos que le concedía el cielo; el hábito de gratitud que en esta ocasión elevaban al sol mostrando los hijos que colgaban del pecho de sus madres, todas estas costumbres tenían algo de sencillo, y sublime á la vez; algo de misterioso y profundo que el corazón comprendía y no acierta á descifrar; algo, por último, que sin duda valia mas que otras prácticas y otros hábitos de los pueblos actuales.

¿Y cuál de los dos estados hará mas feliz al individuo si se le mira solo por el lado de las necesidades y de los deseos que inspira la naturaleza? El hombre, cuánto mas gira sobre esa circunferencia de conocimientos y de gozos, mas se separa del centro de sus afectos y de sus recuerdos; y parecido al humo, se aleja de la tierra á proporción que se eleva y disipa por el espacio. Las manos cariñosas que han mecido nuestra cuna; los objetos toscos, si se quiere, pero siempre dulces é interesantes que han sonreído nuestra infancia; los juegos de la niñez; las apacibles horas porque se desliza la vida tan mansamente como las aguas silenciosas de un arroyo puro y cristalino, todo esto deja en el alma un sabor de felicidad que nunca se borra, y que se recuerda con un placer triste en las tribulaciones que encontramos después en este mundo. Por eso, sin duda, ha dicho Chateaubriand, «dichosos los que no han visto el humo de las fiestas extranjeras, y que solo han asistido á los festines de sus padres;» y en otra parte ha añadido: «vosotras, maravillosas historias contadas alrededor del hogar, ternas efusiones del corazón y largas costumbres de anid; tan necesarias á la vida; vosotras sois las que habéis llenado de satisfacciones á los que nunca han dejado su país nativo. Sus sepulcros están en su patria, con el sol puesto, con los llantos de sus amigos, y con los encantos de la religion.»

¿Habrá sido por ventura mas felices los moradores de Otakti después que la civilización ha fabricado en trono á la sombra de sus forestas, después que han tenido reglas y leyes y magistrados que lo eran en la vida ignorada, abundante y pacífica en que los encontró el capitán Cook? ¿Serán mas felices las islas encantadas de la Oceania después que los ingleses han llevado á ellas su dominación y sus costumbres, ó que los misioneros han sembrado las querelas y las discordias religiosas, que lo eran cuando abandonados en los brazos de la naturaleza encontraban en la prodigalidad de sus beneficios cuanto bastaba á una existencia dichosa en su misma oscuridad? Hay saben mas sin duda, pero no gozarán tanto ni tan fácilmente. Tendrán placeres, entonces desconocidos; pero habrán perdido su inocencia y su libertad, germen de todos los placeres. Serán mas cultos, pero menos candidos; mas instruidos, pero menos sensibles; mas ricos, pero menos felices. En suma: la civilización favorece á la humanidad, pero acaso daña en

cierta relación á las individualidades; crea intereses, pero destruye afectos; dá dilatación al alma, pero entibia la ternura del corazón: separa el pensamiento, pero impide su concentración; y entregándonos á nuevas necesidades, á nuevos hábitos y hasta á nuevas creencias, condena como añejas las costumbres y los sentimientos de la naturaleza que hicieron la dicha de los hombres primitivos.

¿Tal es la triste condición de la especie humana! La perfección es su quimera; y la felicidad completa es un sueño, es su fantasma que sigue sin cesar, pero que no alcanza nunca. No gana por un lado sino para perder por otro; y asemejándose al viajero que marcha por una tierra encharcada y resbaladiza, no adelanta su planta sino para retroceder sobre su propia huella. Así gira sin cesar el mundo, indiferente á nuestro anhelo; así se suceden las generaciones, empleadas en reducir á polvo las obras que encuentran á su paso, ó en desenterrar las que estaban escondidas bajo la mole inmensa de los siglos; y en tanto el grande artífice de la creación se sorprende de nuestros afanes y de nuestra soberbia, y á lo mas nos permite alzar alguna vez una punta del velo que cubre el mecanismo de su sistema, y el cuadro de sus leyes y de sus maravillosas obras.

JOAQUÍN MARIA LOPEZ.

La justicia en la Argelia.

BU-AKAS-BEN-ACHUB.

(Conclusión.)

— ¿Es aquí donde deseas estar? dice el cojo Bu-Akas.
— Sí.
— Pues bien, apéate.
— Tú antes.
— Si es para ayudarte, bueno.
— No. Es para que me dejes tu caballo.
— ¿Y por qué he de dejarte yo mi caballo?
— Porque es mío, por la sencilla razón de que lo necesito.
— ¿ Hombre! Eso sí que tendrá que ver.
— Escucha y reflexiona, dijo el cojo.
— Escuchó y reflexionará.
— Nosotros nos encontramos en la tribu del Cadi justo.
— Ya lo sé.
— Es natural que quieras demandarme ante él.
— ¡Pobres!.. Es probable.
— ¿Crees tú que venden los Cadi á los dos, y á ti con excelentes piernas que Dios ha destinado á marchas y fatigas, y á mi cojo y lisiado, crees tú que él no ha de figurarse que el caballo pertenece á aquel de los dos á quien es indispensable para viajar?
— Si tal cree, dejará de ser el Cadi justo, responde Bu-Akas, porque equivocarás su juicio.

— Le llaman el Cadi justo, dijo riéndose el cojo, mas á nadie se le ocurrió hasta ahora llamarle el Cadi infalible.

— ¡Voto vé! dijo para sí Bu-Akas, dando una patada en el suelo, he aquí una oportunísima ocasión de juzgar por mi mismo al famoso juez: vamos ante el Cadi, dijo al cojo.

Y Bu-Akas, abriendo paso, condujo por la brida á su caballo, sobre el cual se columpiaba orgullosamente el malicioso cojo, y llega al tribunal, donde el juez, según la costumbre árabe, administraba públicamente justicia.

Otros dos juicios había pendientes cuando llegaron, que naturalmente debían fallarse antes del que llevaban nuestros litigantes. Bu-Akas se colocó entre los asistentes y observó. El primero de estos negocios tenía lugar entre un taleb y un aldeano, un sábio y un pobre trabajador.

Se trataba de la mujer del sábio que había robado el trabajador, y que sostenía ser la suya mientras aquel la reclamaba. Ni á uno ni á otro reconocía la mujer por su marido, y esto hacía algo difícil la solución de tan singular disputa. Habiendo oído el Cadi á ambas partes reflexionó un instante. «Dejadme vuestra mujer, les dijo, y volved mañana.» Se fueron en efecto el sábio y el trabajador, cada uno por su lado.

Era el turno del segundo litigio, que tenía lugar entre un carnicero y un vendedor de aceite; uno y otro con muy marcadas señales en su exterior del oficio á que se dedicaban.

Dijo el carnicero:

He comprado á este hombre una botella de aceite, y para pagar su precio eché mano al bolsillo y saqué un puñado de diferentes monedas, cuya vista tentó sin duda al aceitero que alargó la mano para cogerla; mas no pudiendo quitármela me sujetó por la muñeca. Di

voces, grité ¡al ladrón! y sin embargo no ha querido soltarme, y aquí venimos, señor, á que nos hagas justicia; yo con mi dinero en la mano, y él sin querer soltar mi puño. Juro por Mahoma que este hombre miente asegurando que yo le he hurtado su dinero; porque el dinero que aquí traigo es mío y muy mío.

— ¿Qué dices tú á esto? pregunta el Cadi al aceitero.

Dijo, señor, que este hombre se llegó á mí á ajustar una botella de aceite. Llena ya la botella me dice: ¿tienes cambio de una moneda de oro? Eché mano al bolsillo para verificar el cambio, y puse en el suelo el puñado de monedas que saqué. En esto se apodera él del dinero que con la botella de aceite quería llevarse; pero yo le sujeté por el brazo gritando ¡al ladrón! Es un pícaro, señor, que sin embargo de mis gritos y amenazas no ha querido soltar mi dinero, por lo que aquí le traigo para que me hagas justicia. Juro por Mahoma, Sr. Cadi, que miente este bellaco diciendo que es suyo este dinero, porque es mío y muy mío.

Hizo repetir el juez segunda vez la querrela y defensa á ambos litigantes, sin que uno ni otro variásem del primer relato. Reflexionando entonces un instante les dijo:

— Dejadme el dinero y volved mañana.

Entrega el carnicero la moneda en cuestión al juez, y él y su contrario salieron, marchándose en dirección opuesta.

He aquí ya el turno de Bu-Akas y el mendigo cojo.

— Señor Cadi, dice Bu-Akas, llegaba hoy á este pueblo con intención de comprar en la feria algunas mercancías que quiero llevar á la lejana villa de donde soy. Habiendo encontrado á la entrada á este cojo, me pidió limosna y me rogó le tomase á la grupa de mi caballo, «porque», decía él, «yo pobre reptil seré sin duda alguna atropellado por hombres y bestias antes de poder llegar á la plaza del mercado.» Dile limosna y le tomé á la grupa. En la plaza ya, no ha querido apearse, diciendo que mi caballo era suyo; y al amenazarle con la justicia ha tenido la audacia de contestarme «que el Cadi era un hombre demasiado sensato para poner en duda que el caballo pertenecía á aquel que mas lo necesitaba para viajar.» He aquí el hecho en toda su sinceridad, Sr. Cadi, y de ello pongo por testigo á Mahoma.

— Señor Cadi, responde el cojo, venía á mis negocios á este mercado, montado en este mismo caballo que tiene este hombre la avilantez de disputarme, cuando á la entrada del pueblo me lo encuentro tendado y exánime que me movió á compasión. Acerqueme á él para informarme de sus padecimientos. «No tengo otra cosa», me respondió, que un cansancio tal que ya no puedo moverme. La fatiga me rinde y no podré ya llegar al mercado si tu caridad no me ayuda. Llévame hasta la plaza, y allí me apearé, pidiendo á Mahoma que te conceda cuanto pudieses desear.» Hicé cuanto deseabas, y figuraos mi sorpresa, señor Cadi, cuando llegados al sitio que él indicaba, me manda bajar diciendo que es suyo el caballo. De manera que he decidido venir á que castigues la absurda y criminal pretensión de este ingrato. Por Mahoma te juro que es la verdad pura cuanto acabo de decir.

Hizo repetir el Cadi á cada uno su demanda, y después de reflexionar un instante les dijo:

— Dejad en mi poder el caballo, y volved mañana.

Encargóse el Cadi del caballo, y saludando Bu-Akas y el cojo se fueron cada uno por su lado.

No solo los interesados, sino una multitud de curiosos guiados por la celebridad de los intrincados juicios pendientes, acudieron al día siguiente al tribunal. Mucha era la concurrencia y todos esperaban con ansiedad oír las sentencias del Salomón árabe.

Saló el Cadi, y á su presencia observan todos la mayor compostura y silencio. Estaba abierto el tribunal.

— Toma tu mujer, dice al Taleb, aquí la tienes; llévatela porque te pertenece. — Y volviéndose á los ejecutores: — Dad cincuenta palos en las plantas de los pies á este hombre (señalando al trabajador que disputaba la mujer al sábio). — Esta sentencia fué ejecutada al momento á presencia de todos los circunstantes.

Aproximáronse el vendedor de aceite y el carnicero, que en el turno era el segundo litigio.

— Ahí tienes tu dinero, porque es tuyo; tú le saqueaste de tu bolsillo y jamás perteneció á este otro, dijo al carnicero dándole la moneda. Dad ahora vosotros (á los ejecutores) cincuenta palos en las plantas de los pies de este hombre, dijo señalando al aceitero.

El carnicero tomó su moneda, y el vendedor de aceite sufrió los cincuenta palos en las plantas de los pies.

Llamó en seguida á los dos litigantes que el día anterior disputaban su caballo, y se acercaron Bu-Akas y el cojo. — ¡Ah! estais ahí, dice el Cadi reparando en ellos. — Sí; señor juez, respondieron á la vez uno y otro.

— ¿Reconocerías tú tu caballo en medio de otros veinte? dijo el Cadi á Bu-Akas.

—Ya lo creo, respondió éste.

—¿Y tú?

—Sin duda alguna, contestó el cojo.

—Ahora bien, ven tú conmigo, dijo á Bu-Akas.

Y juntos fueron donde este reconoció á su caballo entre una porción de otros.

—Muy bien; vete ahora al tribunal y envíame á tu adversario.

Desempeñada esta comisión por Bu-Akas, llegó el cojo con cuanta reverencia le permitian sus malos andadores. Pero si sus piernas eran malas tenía una vista de liace, y así es que al momento señaló entre los veinte el disputado caballo.

—Bien, dice el juez, vámonos ahora al tribunal.

Llegados allí sentóse en su cojin de estera, cruzó las piernas, encendió su pipa, y se preparó todo el mundo á oír sentencia en asunto de tan intrincados antecedentes. La impaciencia era suma. Al cabo de cinco minutos que tardó el cojo en llegar, jadeando por la dificultad con que se movía, dijo el Cadi á Bu-Akas:

—Ves á buscar tu caballo de entre los otros, porque es tuyo.—Dad ahora (dirigiéndose á sus alguaciles) cincuenta palos en las espaldas á este hombre, y señaló al cojo.

Este defecto físico de este obligó al Cadi á fuer de hombre justo, á cambiar el lugar de la aplicación de la pena, que sufrió incontinenti el listado baladí que tan ingrátamente quería pagar los beneficios de nuestro buen Bu-Akas.

Al volverse el Cadi á su casa encontró á Bu-Akas que le esperaba ya con su caballo. ¿Estás contento? le dice aquel.

—No, Cadi, porque me tienes absorto con tu singular sistema de juzgar; y deseo saber qué especie de inspiración te guía para admitir justicia; pues si he de decirte la verdad, estoy persuadido que en las otras dos sentencias no has obrado con la equidad y justicia que en mi negocio. Quiero, amigo mío, prontas explicaciones, porque has de saber que yo no soy ni comerciante, ni simple viajero, ni nada de los que antes te he dicho: soy Bu-Akas, Scheik del Ferd-Yali que habiendo oído hablar de ti, quise enterarme por mí mismo de la verdad con que te llaman el Cadi justo.

Prosteróse el Cadi cruzando los brazos en señal de profundo respeto, y quiso besar las manos del Scheik; mas este lo rechazó diciendo:

—Veniós; quiero saber muy pronto por qué la muger era del sábio y no del trabajador; por qué el dinero pertenecía al carnicero; y por qué mi caballo es mi caballo. Decid.

—Esto es muy sencillo señor. ¿No has visto que yo guardé una noche, la muger, el dinero y el caballo?

—Sí.

—Pues bien; á media noche, pretestando que tenía que hacer,

llamé á la muger; y la dije: «Limpia mi tinero y arréglafe, que tengo mucho que escribir.» Y la muger, que habrá hecho cien veces la misma operación en su vida, cogió mi tinero, le limpió, renovó los algodones, echóle otra línea, lo colocó en su lugar y todo con tal perfección, que dije para mí: si tú fueras la esposa del trabajador, de seguro no sabrías arreglar mi tinero: luego tu eres la muger del sábio y no del otro.

—Sea, dijo Bu-Akas, inclinando la cabeza en señal de asentimiento. Convencido por la muger; pero ¿y el dinero?

—¡Oh! eso es otra cosa, dijo el Cadi. ¿No reparaste como el vendedor de aceite estaba todo manchado de su mercancía, y tenía las manos chorreando grasa?

—Sin duda.

—Pues bien, yo tomé el dinero y le metí en un vaso lleno de agua. Examiné bien el agua esta mañana y puedo asegurarte que ni una sola partícula de aceite nadaba en su superficie; y yo me dije: este dinero es del carnicero y no del otro, porque en este caso estaría grafiado y el aceite subiría por poco que fuera á la flor del agua.

Inclinó nuevamente la cabeza Bu-Akas, convencido de la solidez del raciocinio. Pero ¿y mi caballo? repuso.

—Puedo asegurarte que me he visto embarazado hasta esta mañana, porque no encontraba un solo indio que me guiara en la investigación de la verdad.

—¿Qué? ¿No pudo reconocer el cojo el caballo entre los otros? dijo Bu-Akas.

—¡Toma si lo conocí! Tan pronto y con la misma seguridad que tú.

—¿Cómo, pues, has podido saber á quién pertenecía?

—Al llevaros yo junto al caballo no era para saber si tú y el cojo le conocíais; sino para observar si el caballo os conocía á alguno de los dos. Cuando tú te aproximaste á él, refinchó el animal; mas al aproximarse el cojo, bafó, y yo dije para mis adentros: ¡Tate! Este caballo es del que tiene buenas piernas y no del cojo; y te he devuelto tu caballo.

Bu-Akas reflexionó un instante, y dijo al Cadi.

Alá es contigo. Tú deberías ser el Scheik, y yo ocupar tu plaza; pero así como estoy cierto de que mercedes ser el Scheik, no tengo seguridad de que podras yo reemplazarte dignamente.—Mahóna te guarde.

SOLUCION DEL GEROGIFICO PUBLICADO EN EL NUMERO 17.

Quien bien quiere bien obedece.



(Una escena de invasión armada. Copia de un cuadro presentado en la exposición francesa.)